

4. "Tendrás un tesoro en el cielo"

El evangelio del joven rico es importante para demostrar que la alegría es esencial a la vocación.

Pero, ¿cuándo somos verdaderamente felices? ¿Cuándo, por ejemplo, se desencadena la alegría en un niño? Básicamente, cuando se encuentra un tesoro, algo precioso más que cualquier otra cosa, algo que el corazón percibe como preferible a todo.

Para San Benito, digámoslo ahora, pero entraremos en ello más adelante, el tesoro es el amor de Cristo, Cristo que nos ama y Cristo a quien amar. Basta la frase esencial del capítulo 4 de la Regla: "no anteponer nada al amor de Cristo" (RB 4,21).

Esta frase nos ayuda también a interpretar lo que sucedió con el joven rico.

En efecto, Jesús lo mira con amor y le propone que no prefiera nada a ese amor, es decir, que ese amor se convierta en el único y eterno tesoro de su vida: "Entonces Jesús fijó en él su mirada, lo amó y le dijo: "Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme" (Mc 10,21).

Jesús, en pocas palabras, ofrece al joven su amor como un tesoro eterno, infinito, en el cielo, y esta oferta es la vocación del joven rico, su camino a seguir, su vía por la que seguir a Jesús. He dicho que la alegría se desencadena en nosotros cuando encontramos un tesoro. Cuando Jesús ofrece al joven un tesoro en el cielo, le ofrece la mayor alegría, una alegría infinita. La única condición para tener el tesoro es seguir a Cristo, decir sí a su llamada para estar con él, porque él es en persona el tesoro de la vida. Encontrando a Jesús, escuchando su voz, descubrimos que vocación, tesoro y alegría están indisolublemente unidos.

Sobre esto no podemos meditar bastante en la parábola del tesoro escondido en el campo de Mateo 13,44: "El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo."

Normalmente, me gusta citar también la parábola inmediatamente relacionada con ésta, la parábola de la perla (Mt 13,45-46), diciendo que hay más radicalidad en la parábola de la perla, porque el hombre que la compra se encuentra con que ya no posee nada y vive como un mendigo que guarda fuertemente en su corazón la perla que vale todo lo que tenía y dejó atrás. Pero me doy cuenta de que, para meditar sobre el carisma de nuestra vida consagrada, monástica, como sobre cualquier vocación, quizá sea más útil meditar sobre el tesoro en el campo, precisamente porque el hombre que vende todo y compra el campo se encuentra poseyendo un campo en el que está escondido el tesoro, y esta imagen nos es muy útil para meditar sobre lo que vivimos cuando aceptamos seguir a Cristo.

De hecho, la vocación de cada uno de nosotros siempre sucede un poco así. Descubrimos que, en esa comunidad, en esa forma de vida, se esconde un tesoro, un tesoro que es una relación más profunda y viva con Jesucristo. Al fin y al cabo, pronto descubrimos que ese tesoro es la perla del amor de Cristo que nuestro

corazón quiere estrechar y retener en sí mismo. Es el descubrimiento de una mirada de amor que es verdaderamente para nosotros, que toma todo nuestro corazón, que nos promete la vida eterna y una alegría sin fin. De hecho, cuando nace una vocación, normalmente la alegría es grande, una alegría que al principio será más fuerte que cualquier otro sentimiento; una alegría que nos libera de los altibajos de nuestros sentimientos. Ya no podremos negar esta alegría, aunque como sentimiento se desvanecerá, y a menudo volveremos a caer en la tristeza, tal vez en la “noche oscura”. Sin embargo, esa experiencia de Cristo que nos mira, nos ama, nos llama, nos da todo de sí y nos pide todo nuestro corazón, esa experiencia de la perla, del tesoro que vale más que la vida, permanecerá escondida pero realmente presente en el campo que, si elegimos decir sí al seguimiento de Cristo en esa forma de vocación, habremos comprado.

Adquirimos el campo porque en él está escondido el tesoro. Cuando entramos en el postulanteado, en el noviciado, sobre todo cuando hacemos la profesión de nuestros votos, hacemos, o deberíamos hacer, como aquel hombre de la parábola que “lleno de alegría, vende todos sus bienes y compra aquel campo”. La alegría por el tesoro es la energía que permite su libertad de vender, de desprenderse de sí mismo “todo lo que tiene” para comprar el campo. También los fieles laicos que se sienten llamados al matrimonio compran, por así decir, el campo de la vida familiar, porque perciben que allí se esconde para ellos el tesoro de Cristo que los llama a seguirlo en el amor esponsal y en la acogida de los hijos.

Así, el verdadero comienzo de todo camino vocacional, después de la primera renuncia a todo, consiste en encontrarse en posesión de un nuevo campo en el que vivir, pero un campo que tiene la característica única y exclusiva de esconder el tesoro de nuestra vida. No hay otro campo en el mundo que esconda para nosotros el tesoro del amor de Cristo, el tesoro del Reino de Dios.

Pero en este punto sucede a menudo, demasiado a menudo, que tantos individuos, pero también comunidades enteras, se encuentran viviendo en el campo por el que lo han vendido todo, porque en él está el tesoro, pues bien, en ese campo, en lugar de ponerse a cavar toda la vida para encontrar el tesoro escondido, ¿qué hacen? Uno se pasa la vida... ¡cultivando lechugas! O incluso zanahorias, o fresas, o árboles frutales. Algunas personas en ese campo consiguen construir una bonita casa, una bonita iglesia, o tal vez una fábrica, un Luna Park, o incluso un rascacielos muy alto. Lo que uno quiera. El problema es que, tanto si se cultivan lechugas como si se construye un rascacielos, todo el interés y el esfuerzo se dirigen en dirección contraria a donde está escondido el tesoro. Es el problema de la Torre de Babel. Se construye alto para conquistar el mundo y tener poderes divinos, pero se olvida que todo eso es estéril si se olvida el tesoro que hemos encontrado porque Otro nos lo ha dado.

Jesús nos explica en otros pasajes del Evangelio que ese tesoro del cielo, al fin y al cabo, es nuestra alma, la vida divina que recibimos cuando el Señor nos crea y sopla en nosotros, como en Adán, el aliento de vida (cf. Gn 2,7).